

LA EXPERIENCIA DEL TIEMPO EN LA *RECHERCHE* DE PROUST*

*Gabriel Astey***

THE EXPERIENCE OF TIME IN PROUST'S *RECHERCHE*

RESUMEN: La estructura de *À la recherche du temps perdu* se explica a partir de la experiencia psíquica del tiempo del protagonista de la novela, según la concepción proustiana de la temporalidad a la luz del pensamiento de San Agustín, Henri Bergson y Edmund Husserl.

PALABRAS CLAVE: conciencia interna del tiempo, *disentio animi*, duración, memoria de la inteligencia, memoria involuntaria.

ABSTRACT: The structure of *À la recherche du temps perdu* is explained through the psychic experience of time of the protagonist of the novel, according to the Proustian conception of temporality in light of the thought of Saint Augustine, Henri Bergson and Edmund Husserl.

KEYWORDS: *disentio animi*, duration, intelligence memory, internal awareness of time, involuntary memory.

RECEPCIÓN: 17 de octubre de 2022.

ACEPTACIÓN: 26 de abril de 2023.

DOI: 10.5347/01856383.0145.000308859

* Texto leído el 11 de octubre de 2022 en la Semana *Estudios* en el ITAM, en conmemoración del centenario luctuoso de Marcel Proust.

** Departamento Académico de Lenguas, ITAM.

LA EXPERIENCIA DEL TIEMPO EN LA *RECHERCHE* DE PROUST

108

Cuando murió Marcel Proust en noviembre de 1922, se habían publicado solamente los tres primeros libros de la novela a la que debe su merecida fama —*À la recherche du temps perdu*, *En busca del tiempo perdido* (como traducen Pedro Salinas y José María Quiroga), o *A la busca del...* (según la versión de Mauro Armiño)—: *Por la parte de Swann*, en 1913; *A la sombra de las muchachas en flor*, con el que ganó el Premio Goncourt, en 1919, y *Por la parte de Guermantes*, en 1922. Los otros cuatro —*Sodoma y Gomorra*, *La prisionera*, *La fugitiva* y *El tiempo recobrado*— aparecieron en los años subsecuentes, de modo que en 1927, con la publicación de la última parte de la obra, al fin fue posible leerla completa. “Posible”, al menos, en términos editoriales, porque

leerla exige justamente lo que el título da por perdido y sale a buscar: tiempo, mucho tiempo, y también constancia... y calma, una lentitud esclarecedora, que permita apreciar la atención microscópica y el virtuosismo estilístico con que Proust trabaja la materia de su relato. En suma, el libro solicita una lectura embelesada, breve y frecuente: embelesada, porque cualquier distractor puede romper la filigrana del monólogo de Marcel, el protagonista y narrador; breve, porque, de otro modo, en sesiones extensas, la sobreexposición a la escritura de Proust vuelve imposible resistir el tupido bombardeo de objetos estéticos, conjeturas metafísicas y experiencias vitales que esa escritura arroja sin clemencia, y frecuente, para lograr llegar al final, que es como el límite de un

país que solo se puede conocer atravesando a pie su territorio.

Además de exigir tiempo de sobra para dejarse leer, la novela de Proust elabora, entretejida con el devenir de la historia de Marcel, una reflexión sobre el tiempo, una de las más relevantes de aquella época, tan prolífica en estudios sobre la temporalidad: 1927 fue el año de publicación no solo de *El tiempo recobrado*, sino también de *Ser y Tiempo*, de Heidegger. Ese mismo año recibió el Premio Nobel de Literatura Henri Bergson, el filósofo de la duración y de la evolución creadora, y apenas en 1928, Heidegger editó las *Lecciones de fenomenología de la conciencia interna del tiempo*, escritas al comienzo del siglo por su maestro Husserl (quien, por cierto, decía ser el único bergsonianos cabal).¹

Pero volvamos a la *Recherche*. Proust se dedicó, desde 1908 y hasta su muerte en 1922, a escribir, en una prosa incandescente, fundida hasta el esmalte, su inmensa novela, tan minuciosa y tan introspectiva como desconcertante, pues, aunque se alimenta de su vida personal, no pretende ser una biografía codificada como ficción.

¹“En 1911, tras escuchar en la Sociedad de Filosofía de Gotinga una ponencia de Alexandre Koyré sobre el pensador francés, [Husserl] había manifestado asimismo: ‘Nosotros somos los bergsonianos consecuentes.’” Agustín Serano de Haro, Presentación de la edición española a *Lecciones de fenomenología de la conciencia interna del tiempo* de Edmund Husserl (Madrid: Trotta, 2002), 12.

El libro cuenta la historia de la vocación artística de Marcel (el protagonista, a quien siempre llamaré así para distinguirlo de Proust, el escritor), pero esta vocación tiene un sentido antropológico: a Proust, en el fondo, no le interesan las peripecias de la existencia individual de nadie, sino el fenómeno puro de la vida humana en cuanto que experiencia subjetiva que se despliega en el transcurso del tiempo. Así lo afirma Marcel, por ejemplo, al final de *El tiempo recobrado*, cuando se refiere al cauteloso caminar del anciano Duque de Guermantes (uno de los personajes de la *Recherche* que mejor encarnan la vanidad masculina) con esta analogía:

[El duque] no había conseguido avanzar sino temblando como una hoja, sobre la poco practicable cima de sus ochenta y tres años, como si los hombres estuvieran encaramados sobre zancos vivientes, en continuo crecimiento, más altos a veces que campanarios, que acaban por volverles difícil y peligrosa la marcha, y de los que de repente caían. [...] Me asustaba que los míos fueran ya tan altos bajo mis pasos, pensaba que no seguiría teniendo fuerza para mantener atado a mí mucho tiempo ese pasado que descendía ya tan lejos. Por eso, si me fuera dejado el tiempo suficiente para llevar a cabo mi obra, no dejaría yo ante todo de describir en ella a los hombres, aunque debiera hacerlos parecerse a seres monstruosos,

como si ocupasen un lugar tan considerable, al lado de ese otro tan restringido que les está reservado en el espacio, un lugar prolongado en cambio hasta la desmesura puesto que tocan simultáneamente, como gigantes inmersos en los años, épocas vividas por ellos tan distantes, y entre las cuales tantos días han venido a situarse —en el Tiempo.²

En efecto, a lo largo de la *Recherche*, Proust traza sobre la superficie del relato el mapa de una vida individual (la suya, transformada en la de Marcel), pero en el territorio de ese *alter ego* instala a una habitante universal —que todos conocemos, porque también somos esa persona—: la vida humana en este mundo como tal, la vida de una criatura “inmersa” en las aguas de los años, sí, pero también parecida a un río, fluyente siempre; una criatura sujeta a los ritmos biológicos y a la caducidad de su organismo, amén de atrapada en el calendario del acontecer público, pero, sobre todo, una criatura que se percibe a sí misma como un flujo anímico y que se reconoce gracias a su propia fluidez.

En la primera línea de la novela, Marcel comienza un monólogo que recorrerá tres mil páginas, diciendo que lleva “mucho tiempo acostándose temprano”³ y que pasa sus

noches en una duermevela agitada: breves ensoñaciones intermitentes desembocan en los pensamientos obsesivos característicos del insomnio, de modo que la conciliación imperfecta del sueño lleva al personaje a evocar otras épocas de su vida, otros dormitorios y otras noches, provistas también de obstáculos para que él cayera dormido, como durante aquellas vacaciones infantiles en la casa de campo de sus abuelos, cuando la visita vespertina de un amigo de la familia frustraba sus ilusiones de recibir el preciadísimo beso de las buenas noches de su mamá, único somnífero eficaz para el niño hambriento de cariño que Marcel era entonces (y nunca dejó de ser).

Así, el personaje pasa “la mayor parte de la noche recordando nuestra vida de antaño, en Combray, en casa de mi tía abuela, en Balbec, en París, en Doncières, en Venecia y en otras partes, recordando los lugares, las personas que allí había conocido, todo lo que de ellas había visto y me habían contado”.⁴ ¿En qué momento de su vida empieza su relato? ¿Cuánto dura en su mente —y en la nuestra, espejo lector de la suya— esta noche de recordatorios insomnes? Nada de esto sabemos a ciencia cierta al comienzo de la *Recherche*; con todo, por la lejanía respecto de su pasado con que esta voz se expresa, inferimos que se

² Marcel Proust, *A la busca del tiempo perdido (I-III)*, trad. por Mauro Armíño (Madrid: Valdemar, 2000-2005), III, 905.

³ *Ibid.*, I, 7.

⁴ *Ibid.*, I, 12.

trata de un hombre en la antesala de la vejez. Conforme nos adentramos en el libro, Marcel prosigue su relato de forma tan esmerada que perdemos de vista la situación del comienzo —el hecho de que escuchamos a un cincuentón que dormita bajo el pabellón de su memoria— y asumimos que nos habla una persona bien despierta, rodeada por la claridad de la vigilia. La realidad es otra: la *Recherche* entera fluye del manantial de la duermevela del comienzo, de modo que las breves horas de esa larga noche duran mil y un capítulos: la propiedad más notoria del tiempo en la novela es, entonces, su elasticidad, una elasticidad que proviene, desde luego, de la configuración narrativa del discurso proustiano, pero que también está en deuda, conceptualmente hablando, con una vertiente del pensamiento filosófico que concibe el tiempo como una realidad psíquica y no mundana. Sin embargo, antes de explorar la *Recherche* a la luz de esta vertiente filosófica, quiero subrayar que las ensañaciones de la duermevela con que principia la obra nunca se extinguen, sino que constituyen el sustrato temporal último sobre el que se levanta toda la ficción subsecuente; en otras palabras, así como el verbo auxiliar “haber” introduce una noción de acabamiento o cumplimiento (que la gramática llama aspecto perfectivo) en todos los tiempos compuestos del español —de manera que cuando digo

que hoy “he recordado algo” y que mañana lo “habré olvidado” imprimo en esas flexiones de antepresente y de antefuturo el sello de la consumación (pues tanto al recuerdo de hoy como al olvido de mañana los miento como ya sucedidos)—, análogamente, todas las declinaciones del tiempo en el relato de Marcel descansan sobre el lecho nutricio de la duermevela elástica inicial, lo que comunica a la *Recherche* un aspecto durativo y maleable.

Ahora bien, ¿el comienzo de la novela responde solo a una necesidad arquitectónica del autor u obedece a un motivo vital del personaje? ¿Por qué Marcel inicia su relato precisamente en el umbral de la vejez, durante una temporada de insomnio? Y este insomnio, ¿a qué se debe? En *El tiempo recobrado*, al final de la historia, el personaje da a conocer la causa próxima de su falta de sueño —muy lejana, empero, en la temporalidad de la lectura, de su efecto, es decir, del hecho de que la historia se ponga en marcha dentro de la alcoba de un señor exasperante⁵ que da vueltas en la cama.

⁵En 1913, el editor Humblot de la casa Ollendorf (uno de los muchos que rechazaron el manuscrito de *Por la parte de Swann*, como también hizo Gaston Gallimard por consejo de André Gide), escribe a Proust: “No puedo comprender que un señor pueda emplear treinta páginas para describir cómo da vueltas y más vueltas en la cama antes de encontrar el sueño”. Mauro Armiño, “Biografía de Marcel Proust. Cuadro cronológico”, en *A la busca del tiempo perdido (I-III)* de Marcel Proust, I, LXVII.

Se cuenta, pues, en el séptimo libro, que durante la última de las fiestas aristocráticas que pautan la liturgia mundana de la *Recherche*, Marcel experimenta una anagnórisis, una revelación que lo conmina a dar sentido a su vida consagrándola a la escritura de una novela y a reconocer que le queda poco tiempo para escribirla (es decir, a constatar la inminencia de su propia muerte).

En los días posteriores a esa anagnórisis que el personaje experimenta en el más vano de los ambientes, una matiné de la Princesa de Guermantes (título nobiliario que en ese momento tardío de la obra ostenta la criatura hipócrita y trepadora por excelencia en el mundo proustiano, la señora Verdurin); en esos días, arrebatado por la necesidad de escribir, Marcel casi no duerme y atestigua dentro de sí una erupción de recuerdos de su vida entera, con la que nos encontramos al comienzo de la obra, pero de cuya causa solo tenemos noticia cabal cuando leemos el último tomo, es decir, cuando esa lava narrativa se ha derramado ya por tantas edades y páginas, que al fin llega al momento oportuno en que Marcel explica cómo nació la que será la novela de Proust, es decir, cuando cuenta las circunstancias que concurrieron a desencadenar en aquella fiesta el relato que compone la *Recherche*, de modo que la obra desemboca, como un bucle, en su

comienzo, elocuente testimonio —uno más— de la elasticidad del tiempo proustiano: para Marcel, el lapso transcurrido entre la revelación vocacional y la temporada de insomnio dura unos breves días; en cambio, para quien lee, llegar al episodio de la anagnórisis significa haber caminado junto con el personaje a lo largo de décadas... comprimidas en una noche insomne que abarca toda la obra, lo cual sugiere, irónicamente, que la novela de Proust está formada con el borrador mental de otra, que Marcel escribirá *después y afuera* de la *Recherche*.

Aludí más arriba a una vertiente filosófica con la que se alinea la reflexión proustiana sobre la naturaleza del tiempo. A propósito de la formación filosófica de Proust, se suele creer que, por circunstancias biográficas y de época, Henri Bergson fue su mentor. En efecto, Proust —junto con toda la clase intelectual europea de la preguerra— leyó sus libros y asistió personalmente a escuchar la lección inaugural en el *Collège de France* en 1900. Todavía antes, en 1892, fue padrino en la boda de una prima suya con el profesor Bergson. Sin embargo, la deuda filosófica del novelista con el pensador francés no es tan considerable como la que ambos, cada uno a su manera, tienen con la concepción de la temporalidad de San Agustín.

En efecto, en el undécimo libro de sus *Confesiones*, el obispo de Hipona emprende una pesquisa filosófica sobre la esencia del tiempo, que lo conduce a confrontarse con la siguiente aporía: si se postula que el único tiempo real es el presente —pues el pasado “ya no es” y el futuro “aún no existe”— y si se concibe al presente como un tiempo rigurosamente instantáneo (“no susceptible de división en partes diminutísimas”),⁶ entonces la noción de instante niega la de duración y el tiempo se vuelve absurdo, pues no se puede construir una extensión por agregación de elementos inextensos:

Por lo que respecta al tiempo presente, ¿cómo lo medimos si no tiene extensión? Se le mide mientras pasa; una vez pasado, ya no se le mide, porque ya no hay nada que medir. Pero, ¿de dónde viene, por dónde pasa y a dónde va el tiempo mientras se mide? ¿De dónde viene sino del futuro? ¿Por dónde pasa sino por el presente? ¿A dónde va sino hacia el pasado? O sea, que viene de aquello que aún no existe, pasa a través de aquello que carece de extensión, y va camino de aquello que ha dejado de existir. Pero ¿qué es lo que nosotros medimos sino el tiempo en

alguna extensión? [...] ¿En qué espacio, pues, medimos el tiempo que pasa?⁷

Agustín responde a estas preguntas con su propia noción de tiempo, la “distensión del espíritu” (*distentio animi*), una especie de campo psíquico lineal en el que “mido los tiempos mientras pasan”.⁸ Este campo es la sede de las operaciones de la conciencia de lo actual, de la evocación de lo vivido y de la expectativa de lo porvenir: “Quizá sería más exacto decir que los tiempos son tres: presente de lo pretérito, presente de lo presente y presente de lo futuro. Estas tres clases de tiempo existen en cierto modo en el espíritu, y no veo que existan en otra parte: el presente del pasado es la memoria, el presente del presente es la visión y el presente del futuro es la expectación”.⁹ Considerada desde la perspectiva agustiniana, la *Recherche* entera es un ejercicio de distensión espiritual, en el que, sobre una rememoración primaria, se acumulan muchas otras operaciones temporalizadoras, tanto de reconstrucción como de expectativa de atmósferas, lugares, personas y encuentros entre ellas. Así, la existencia ficticia del protagonista transcurre únicamente “en los solares y en los

⁶ San Agustín, *Confesiones*, trad. por José Cosgaya (Madrid: Biblioteca de Autores Cristianos, 1986), 395.

⁷ *Ibid.*, 400.

⁸ *Ibid.*, 407.

⁹ *Ibid.*, 399.

amplios salones de la memoria, donde están los tesoros de las incontables imágenes de toda clase de cosas que se han ido almacenando a través de las percepciones de los sentidos”.¹⁰

Por lo que toca a Bergson, él también concibe la temporalidad como un fenómeno psíquico, pero recalca que el carácter originario del tiempo es su continuidad, es decir, una secuenciación ininterrumpida de modificaciones graduales de un flujo primario de contenidos de conciencia, al que solo una operación posterior del intelecto segmenta en los intervalos del tiempo cronológico, computable. Bergson llama a este continuo *duración*, y lo define como “la heterogeneidad pura”, es decir, como “una sucesión de cambios cualitativos que se funden, que se penetran, sin contornos precisos, sin tendencia alguna a exteriorizarse unos con relación a otros”.¹¹ En ningún pasaje de la *Recherche* expone o discute Proust el modelo bergsoniano de la temporalidad; no obstante, el prolijo curso de la duración subyace a los, literalmente, miles de segmentos narrativos en los que el autor se esmera en comunicar la riqueza de matices con que Marcel capta los estímulos de la realidad exterior y la forma

en que paulatinamente se convierten dentro de él en sentimientos y pensamientos.

Ahora bien, el hecho de que la *Recherche* refleje la rica espontaneidad de la duración no significa que la vida de Marcel sea una larga serie de intuiciones espléndidas. En otras palabras, la magnificencia del estilo de Proust está con frecuencia en una relación de proporcionalidad inversa con la monotonía que Marcel dice sentir cuando recuerda de forma deliberada los capítulos de su vida preterita. Al reflexionar sobre esta paradoja, el protagonista responsabiliza del esquematismo de sus recuerdos a la *memoria de la inteligencia*. Marcel habla por primera vez sobre esta forma de la memoria en la obertura de *Por la parte de Swann*, cuando relata cómo intenta, ya adulto, volver a sentir la pena que le producía la ausencia de su madre en cierto momento de su niñez. El escenario de esta memoria tiene el aspecto de un “lienzo luminoso”: muestra la casa de los abuelos reducida a “dos pisos unidos por una delgada escalera”: abajo, el comedor, listo para la llegada de las visitas; arriba, el dormitorio infantil, contiguo a la puerta de entrada a las alcobas de los padres; este recuerdo es una pálida fotografía, congelada en unas eternas y angustiosas siete de la noche, del inminente exilio del niño en el piso de arriba, una vez llegado a casa el

¹⁰ *Ibid.*, 319.

¹¹ Henri Bergson, *Ensayo sobre los datos inmediatos de la conciencia*, trad. por Juan Miguel Palacios (Salamanca: Sígueme, 1999), 79.

señor Swann, “autor inconsciente de mis tristezas”. Inserta en un perímetro de tinieblas, la memoria de la inteligencia le muestra solamente fantasmas a Marcel, convertido a la vez en proyector, pantalla y espectador de la linterna mágica que arroja estos recuerdos mortecinos, cuya naturaleza es espectral porque “los datos que proporciona sobre el pasado no conservan nada real de él”.¹² Dicho de otra forma, los actos de la memoria convencional no recuperan las impresiones originales de las cosas captadas antaño, sino que dibujan perfiles o contornos de esas cosas.

Marcel vive una paradoja terrible: tiene el don de la palabra áurea, pero la memoria de la inteligencia solo lo deja hablar de recuerdos descoloridos como el plomo. La clave de esta contradicción aparente está en el episodio de la anagnórisis; ahí, Marcel anuncia que dedicará lo que le queda de vida a escribir una novela sobre el tiempo y que procurará escribirla con un “bello estilo”,¹³ expresión en la que el adjetivo “bello” no describe ninguna propiedad concreta. En cualquier

caso, no se debe descartar que Marcel se haya formado su idea del “bello estilo” gracias a una enseñanza muy especial, recibida inesperadamente durante la fiesta de la señora Verdurin, en la forma de una epifanía ocurrida en el núcleo mismo de la anagnórisis: la enseñanza de la *memoria involuntaria*.

Al llegar a la matiné, Marcel tropieza en la escalinata del palacete de los Guermantes, y en ese momento una fulguración interior irradia de sus pies al resto de su cuerpo. En cuanto recupera el equilibrio, la servidumbre de los príncipes lo conduce a un saloncito de espera para que no interrumpa con su llegada la ejecución de una pieza de música; solo entonces reconoce lo que sus pies, al tropezar, recordaron:

Cada vez que volvía a dar, aunque solo fuera materialmente, aquel mismo paso, me resultaba inútil; pero si conseguía, olvidando la matiné Guermantes, encontrar de nuevo lo que había sentido al posar de aquella manera mis pies, otra vez la visión deslumbrante e indistinta me rozaba como si me hubiera dicho: “Cógeme al pasar si tienes fuerza para ello, y trata de resolver el enigma de felicidad que te propongo”. Y casi de inmediato la reconocí, era Venecia, de la que mis esfuerzos por describirla y las supuestas instantáneas tomadas por mi memoria nunca me habían

¹² Proust, *A la busca del tiempo perdido (I-III)*, I, 42.

¹³ El pasaje completo dice así: “Se puede hacer que se sucedan indefinidamente en una descripción los objetos que figuraban en el lugar descrito, la verdad solo empezará en el momento en que el escritor coja dos objetos distintos, plantee su relación, análoga en el mundo del arte a lo que es la relación única de la ley causal en el mundo de la ciencia, y los encierre en los anillos indispensables de un bello estilo”. *Ibid.*, III, 769.

dicho nada, y que la misma sensación experimentada antaño sobre dos losas desiguales del baptisterio de San Marcos me habían restituido junto con todas las demás sensaciones unidas aquel día a esa sensación, y que habían permanecido a la espera, en su fila, de donde un brusco azar las había hecho salir imperiosamente, en la serie de los días olvidados.¹⁴

Momentos después, la epifanía vuelve a ocurrir, y más de una vez: el ruido de una cuchara contra un plato hace sonar en sus oídos un golpe escuchado antaño, en el ferrocarril; el contacto de una servilleta con sus labios hace que vuelva a sentir en la piel la caricia de una toalla, en unas vacaciones pretéritas. ¿Cuál es la causa de estas epifanías, en qué consiste el “enigma de felicidad” que plantean y por qué contienen la clave del “bello estilo” de Proust? Marcel lo explica de esta manera:

Esa causa la adivinaba yo comparando entre sí aquellas diversas impresiones bienhechoras y que tenían de común el hecho de que yo sentía a la vez en el momento actual y en un momento lejano el ruido de la cuchara sobre el plato, la desigualdad de las baldosas [...] hasta hacer refluir el pasado en el presente, hasta hacerme dudar de saber en cuál de los dos me encontraba; a decir verdad, el ser

¹⁴ *Ibid.*, III, 750.

que saboreaba en mí esa impresión la saboreaba en lo que tenía de común en un día antiguo y ahora, en lo que tenía de extratemporal, un ser que solo aparecía cuando, gracias a una de esas identidades entre el presente y el pasado, podía encontrarse en el único medio donde pudiese vivir, gozar de la esencia de las cosas, es decir, fuera del tiempo.¹⁵

Antes de seguir, advierto que esta memoria se llama “involuntaria” en homenaje al don que significa para Marcel experimentarla gracias a ciertos contactos azarosos de su cuerpo con el mundo; sin embargo, la propiedad capital de esta memoria es su carácter analógico: una experiencia sensorial actual convoca por semejanza espontánea a otra, pretérita; después la atrae hacia sí mientras se lanza sobre ella, así que se encuentran “a medio camino”. Pero ¿dónde está la región entre el presente y el pasado en la que podríamos instalarnos, simultáneamente, en “un día antiguo y ahora”?

Esta región no está en el mundo empírico al que el personaje dirige su atención “ahora”, pero tampoco pertenece al pasado al que la memoria de la inteligencia conduce, porque ella no puede representar al “día antiguo” como si fuera *el virgen y vivaz y bello día de hoy*.¹⁶ A esta

¹⁵ *Ibid.*, III, 753.

¹⁶ *Le vierge, le vivace et le bel aujourd'hui*: primer verso del soneto homónimo de Mallarmé, que Marcel evoca en la carta a Albertine en la que

región eidética, donde Marcel “solo vivía de la esencia de las cosas”,¹⁷ se llega cuando la duración queda en suspenso, y no se llega ahí *con* el cuerpo, pero sí por un sacudimiento sensorial *del* cuerpo:

[B]asta que un ruido, que un olor, ya oído o respirado tiempo atrás, lo sean de nuevo, a la vez en el presente y en el pasado, reales sin ser actuales, ideales sin ser abstractos, para que al punto la esencia permanente y habitualmente oculta de las cosas se halle liberada, y nuestro verdadero yo, que, en ocasiones desde hace mucho tiempo, parecía muerto, pero no lo estaba del todo, despierte, se anime al recibir el celestial alimento que se le aporta.¹⁸

“Reales sin ser actuales, ideales sin ser abstractos”, así son los contenidos de la memoria involuntaria; es decir, no se trata de fantasías, sino de vivencias que le ocurren efectivamente a alguien, aunque no le sucedan propiamente “ahora”; se trata de vivencias que reúnen dos impresiones análogas y asíncronas (una de ellas “fresca” y la otra “antigua”) que se experimentan como una sola, *pura*,

reprocha a su amante que, con su partida, le haya frustrado el deseo de grabar una estrofa de ese poema en el yate que pensaba regalarle con el único propósito de retenerla junto a él; *ibid.*, III, 387.

¹⁷ *Ibid.*, III, 754.

¹⁸ *Ibid.*, III, 755.

libre de los detalles desemejantes de sus dos fuentes, pero provista de la concreción que las notas comunes a su identidad analógica le confieren.

“Nuestro verdadero yo”, “celestial alimento”. Las palabras que Proust pone en boca del narrador para describir la experiencia de la memoria involuntaria connotan la más sólida certeza de sí y la mayor bondad posible. El “bello estilo” de Proust, analógico en grado superlativo, será entonces un generoso reflejo de esa bondad, cuyo alcance el autor procura extender, por irrigación lingüística, a toda la *Recherche*, inclusive a las menos genuinas y más insípidas anécdotas de su personaje, esas que nos suceden en el día a día, “cuando vivimos apartados de nosotros mismos” y “el amor propio, la pasión, la inteligencia y también la costumbre [...] amontonan encima de nuestras impresiones verdaderas, para ocultárnoslas por completo, las nomenclaturas, los fines prácticos que llamamos falsamente la vida”.¹⁹ El antídoto contra esta dilapidación de la existencia será para Marcel su futura novela (cuya gestación, como he dicho ya, es la historia que cuenta la *Recherche* de Proust):

Entonces, menos radiante desde luego que la que me había hecho percibir que la obra de arte era el único medio de

¹⁹ *Ibid.*, III, 775.

recobrar el Tiempo perdido, una nueva luz se hizo en mí. Y comprendí que todos estos materiales de la obra literaria era mi vida pasada; comprendí que habían venido a mí en los placeres frívolos, en la pereza, en la ternura, en el dolor, que los había almacenado sin adivinar su destino, ni su supervivencia siquiera, más de lo que adivina la simiente que pone en reserva todos los alimentos que nutrirán a la planta.²⁰

Me permitiré una última digresión, sobre el tiempo oportuno, el *kairós*. ¿Cuándo se vive su plenitud? ¿Cuándo suena la hora de la embriaguez ontológica? ¿Cuándo indica el calendario que ha llegado al fin *el virgen y vivaz y bello día de hoy?* Otro filósofo, contemporáneo de Proust, postula que el tiempo es así de magnífico siempre, por naturaleza. En las *Lecciones de fenomenología de la conciencia interna del tiempo*, que Edmund Husserl dictó en Gotinga en el invierno de 1904 a 1905, resurgen los conceptos de San Agustín: la distensión del espíritu deviene *corriente de la conciencia*, en tanto que la visión, la memoria y la expectación conforman una red de intencionalidades que Husserl llama *campo del tiempo*. Además, la conciencia del tiempo se funde a tal grado con su objeto, que Husserl la concibe como

²⁰ *Ibid.*, III, 778.

una entidad híbrida, la *tempoconciencia*.²¹ Sucede pues que, cuando la tempoconciencia fija su atención en un objeto dinámico que atraviesa el campo del tiempo, hay un momento privilegiado de intuición de ese objeto, la *impresión originaria*, que “tiene por contenido lo que la palabra *ahora* significa cuando se la toma en el más estricto sentido”,²² y al que inmediata y espontáneamente le sigue una estela de memoria de corto plazo, la *retención*. Esta última nos permite captar al objeto dinámico conforme cruza el campo del tiempo “rumbo al pasado”. La retención sigue a la impresión como el chorro brota de la fuente. Así, por ejemplo, cuando escucho música “[e]l sonido se inicia como ahora acústico, y a él se van continuamente sumando horas siempre nuevos, y cada ahora tiene su contenido al que, tal como es, puedo dirigir mi mirada. Por la corriente de este flujo puedo, pues, ‘nadar’, seguir al flujo con mi mirada intuitiva”.²³ Pero eso no es todo, porque el venero de la impresión originaria mana dentro de mí, “es la subjetividad absoluta y tiene las propiedades absolutas

²¹ *Zeitbewusstsein*, en el original. La interpretación del término en el sentido de que describe un híbrido de tiempo y conciencia se encuentra en Paul Ricoeur, *Tiempo y narración III. El tiempo narrado*, trad. por Agustín Neira (Ciudad de México: Siglo XXI, 1999), 663.

²² Husserl, *Lecciones de fenomenología de la conciencia interna del tiempo*, 87.

²³ *Ibid.*, 148.

de lo que en imagen designamos como ‘flujo’, ‘río’, como algo que brota ‘ahora’ en un punto de actualidad, punto que es fuente primigenia”,²⁴ y este presente vivo, el ojo de agua donde nace el tiempo, es superabundante como el Uno de Plotino, de modo que “en el punto vivo-fuente del ser, en el ahora, mana a la vez siempre nueva primicia de ser”.²⁵

Ahora bien, si la experiencia mundana de la temporalidad estuviera a la altura del discurso de Husserl, entonces vivir en el presente sería un continuo y esplendoroso baño lustral, la embriaguez ontológica... *el virgen y vivaz y bello día de hoy*. Pero no siempre o, mejor dicho, casi nunca experimentamos el tiempo con esta novedad y riqueza, muy posiblemente porque, como explica Michel Henry en su crítica a las *Lecciones* de Husserl, la *tempoconciencia* se parece más a un conducto que a un torrente:

[L]a forma del flujo es vacía, incapaz de producir su contenido, esta ola de impresiones que desfilan a través de ella —a través del futuro, del presente y del pasado— aunque sin tomar de ella su realidad. Todo lo contrario, al tener que aparecer ante las intencionalidades que componen la estructura formal del flujo, todas estas impresiones son igualmente

irreales: las fases futuras o pasadas, que todavía, o ya solo, son no ser; la fase denominada presente, que solo es un límite ideal entre dos abismos de nada.²⁶

Henry piensa que las únicas ocasiones en que la experiencia del tiempo no se siente como un “brote continuo del ser sobre el abismo de una nada que se abre constantemente bajo él para engullirlo”²⁷ son aquellas en que la “impresión originaria” no surge del contacto de la conciencia con el mundo durante la ejecución de los actos de ver, oír, tocar..., sino del sentimiento inmediato de nuestra interioridad. En este orden de ideas, tal vez las experiencias de la memoria involuntaria de Proust, nacidas de la intimidad personal y, además, pertrechadas de contenidos mundanos, constituyan una experiencia del tiempo que le haga justicia tanto a las *Lecciones* de Husserl como a la crítica de Henry... tal vez, se trata nada más de una conjetura.

Husserl construyó la fenomenología durante cuarenta años, incrementando poco a poco la sutileza y el alcance de su método, con el que exploró a fondo no solo los territorios

²⁶ Michel Henry, “La inversión de la fenomenología”, en *Encarnación. Una filosofía de la carne*, trad. por J. Teira, G. Fernández y R. Ranz (Salamanca: Sígueme, 2018), 67.

²⁷ *Ibid.*, 69.

²⁴ *Ibid.*, 95.

²⁵ *Ibid.*, 89.

NOTAS

epistemológicamente canónicos de la conciencia perceptiva en estado de vigilia, o de la razón entregada a la actividad teórica o del pensamiento lógico puro, sino también regiones temáticas colindantes con la antropología filosófica, como el “mundo de la vida” (*Lebenswelt*), ese orbe de afectos, intereses y valores intersubjetivos que cartografió con genuina simpatía por la existencia humana. Proust, por su parte, consagró sus últimos quince años a la *Recherche* y creó con ella un “mundo de la vida” que deslumbra y que parece exhaustivo. Husserl encontró la vida buena en el análisis

filosófico; Proust, en cambio, en la escritura de su novela:

La verdadera vida, la vida al fin descubierta y esclarecida, la única vida por lo tanto plenamente vivida, es la literatura. Esa vida que, en un sentido, habita a cada instante en todos los hombres no menos que en el artista. Pero ellos no la ven, porque no tratan de esclarecerla. [...] [La literatura] es la revelación, que sería imposible por medios directos y conscientes, de la diferencia cualitativa que hay en la manera en que se nos aparece el mundo, diferencia que, de no existir el arte, resultaría el secreto eterno de cada uno.²⁸

²⁸ Proust, *A la busca del tiempo perdido*, III, 775.